



FLORENCIA FEROLI - ANCCOM

Soberanía y Malvinas: dos hipótesis para una política educativa

POR MATÍAS FARÍAS, VIOLETA ROSEMBERG Y CECILIA FLACHSLAND

Matías Farías. Profesor en Filosofía, docente en la Carrera de Filosofía (UBA) y en la UNPaz. Fue Coordinador General del seminario “Malvinas, soberanía, memoria y democracia” en el marco del programa de Formación Permanente Nuestra Escuela. Asesoró a la Televisión Pública en la producción de distintas series sobre historia argentina. Fue asesor de contenidos históricos en el Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur.

Violeta Rosemberg. Politóloga, estudió periodismo en TEA. Es responsable de contenidos del Canal Encuentro y docente de la Carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Cecilia Flachsland. Licenciada en Ciencias de la Comunicación, docente de escuelas secundarias y en la Carrera de Ciencias de la Comunicación. Integra el equipo Educación y Memoria del Ministerio de Educación de la Nación. Es autora de libros escolares y de divulgación, entre ellos, *Walsh para principiantes*; *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*; *Desarma y sangra. Rock, política y nación*.

Malvinas ofrece, como pocos otros temas, una muestra de la potencia y, al mismo tiempo, los conflictos que puede suscitar una política educativa en torno a la soberanía en contextos históricos como los actuales. En este breve ensayo, argumentamos que una política de esta índole sólo puede ser significativa si reelabora una idea de “patria” que pueda, a la vez, dialogar con la larga historia de las islas y con su memoria más reciente. Desde esta perspectiva, Malvinas puede tener la fuerza para expresar diversas demandas de reconocimiento social y articular dos conceptos que solían aparecer disociados desde la recuperación de la democracia: la soberanía y la memoria.

Para desarrollar este argumento, reflexionamos sobre dos experiencias ligadas con nuestra participación en equipos dependientes del Ministerio de Educación de la Nación entre 2005 y 2015: un relevamiento realizado en las escuelas secundarias de todo el país acerca de las representaciones de los estudiantes sobre el pasado reciente y el discurso en torno a las Malvinas que propone el Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur.

UN RELEVAMIENTO EN ESCUELAS SECUNDARIAS

Durante la última década, desde el Ministerio de Educación de la Nación recorrimos el país con el Programa Educación y Memoria. Malvinas fue uno de los temas destacados al momento de trabajar, sobre todo con estudiantes secundarios y de Institutos de Formación Docente.

Desde ese marco, les proponíamos a los jóvenes un ejercicio con dos consignas. La primera invitaba a que levantaran la mano quienes consideraban que las Malvinas eran argentinas. La segunda, que lo hicieran aquellos que podían explicar por qué lo eran. En general, ante la primera de las preguntas se levantaban casi todas las manos. Pero frente a la segunda, lo hacían sólo algunos y aún menos eran quienes podían explicar por qué eran argentinas. Lejos de concluir que “los chicos no sabían nada” o que “la escuela no enseñaba”, formulamos algunas hipótesis acerca de la eficacia de la cultura -escolar, no formal, popular- para construir la idea de que “las Malvinas son argentinas”, para transmitir, a través de ese símbolo, una idea de soberanía y de patria. Ahora: ¿cuál es esa idea de soberanía? ¿Qué tipo de patria se enseña? ¿Qué cambió en esa transmisión después de la guerra de 1982? ¿Cómo la modificó el capitalismo financiero? ¿Qué sucedió durante los años del kirchnerismo a partir de la implementación de políticas educativas vinculadas a la enseñanza de Malvinas?

Entre mayo y julio de 2015, el Ministerio de Educación de la Nación y la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA realizaron una investigación cuantitativa y cualitativa inédita: entrevistaron a 2500 estudiantes del último año de escuelas secundarias públicas de 37 localidades de todo el país para conocer sus representaciones sobre algunos episodios clave del pasado reciente, entre ellos, la última dictadura, los genocidios del siglo XX y el tema Malvinas. La primera conclusión contundente es que la escuela, a pesar de los diagnósticos ▶

► sobre su “liquidez”, es la institución que asume con mayor responsabilidad la transmisión del pasado reciente y la construcción de la memoria colectiva: el 56,8% de los entrevistados escuchó hablar por primera vez sobre de la dictadura en la escuela y el 68,2% escuchó hablar del tema con mayor frecuencia en la escuela. La familia y los medios de comunicación aparecen en segundo y tercer lugar por lejos. La segunda de las conclusiones es que los resultados del estudio son muy parejos en las distintas regiones del país, y entre varones y mujeres, es decir que, más allá de otras distinciones posibles, aparece con fuerza una mirada generacional.

El tramo de la encuesta destinado a conocer qué representaciones tienen los jóvenes sobre Malvinas revela algunas claves interpretativas para las preguntas que nos interesan en este artículo. Casi la totalidad de los encuestados reconoce y siente a las islas como argentinas. El 65,4% considera que el reclamo debe formar parte de las prioridades del Estado nacional y el 20%, aunque la encuesta no contemplaba esta variable, manifiesta sentimientos al momento de pronunciarse sobre la temática (aparecen palabras como amor, dolor, pérdida, esperanza). Sin embargo, el 64% que considera que son argentinas no puede explicar los argumentos que sostienen el reclamo. Los que pueden hacerlo mencionan cuestiones geográficas en su amplia mayoría (un 80% de las respuestas).

Si bien podríamos señalar que Malvinas sigue apareciendo en estas representaciones como “una causa justa”, frente a la pregunta abierta “¿qué les sugiere la palabra Malvinas?”, el 70% menciona la guerra y sólo un 20% hace referencia a los símbolos asociados a la temática (la bandera, la silueta de las islas, un mapa). Asimismo –y esto quizás sea una novedad de la última década– aparecen términos como “colonialismo”, “imperialismo” y “Patria Grande” aunque en un porcentaje menor. Es decir que, si bien la idea de que las “Malvinas son argentinas” está grabada en el cuerpo, lo está sobre una herida que sigue a flor de piel, la que dejó la guerra de 1982.

La complejidad de la temática se acentúa cuando el relevamiento se propone indagar cómo piensan los jóvenes la relación entre la guerra y la dictadura. El 48% dice que la guerra fue una “respuesta legítima a la usurpación” y un 20,7% señala que la guerra tuvo que ver con “motivos vinculados a la dictadura militar”. Por el contrario, cuando se les pregunta por los soldados, sólo un 7% menciona palabras como “valor”, “coraje”, “heroísmo”; las representaciones mayoritarias los ubica como víctimas, el 48% como “personas sin preparación militar”, el 26,2% asociados al “hambre y el frío” y el 20,5% a “la muerte y los heridos”. Es decir que, si bien en algunas respuestas se mantienen concepciones belicistas, en otras, la memoria del dolor provocado por el conflicto parecería funcionar como advertencia acerca de que la guerra no es el camino.

¿Qué pensar en torno a estos datos? ¿Cómo analizar sus aspectos contrastantes? La mayoría de los estudiantes “siente” las islas como argentinas, pero tiene problemas para formular las razones del reclamo. Asimismo, logra establecer una relación entre la guerra y la usurpación británica y, al momento de brindar su representación sobre los soldados, con-

signa a la dictadura como responsable de la guerra. La hipótesis que, sobre todo en espacios académicos, constituye una suerte de “sentido común” para dar cuenta de estos contrastes, señalaría que la persistencia de este símbolo se relaciona con un arraigado “nacionalismo territorialista” de corte “irredentista”, capaz de sobrevivir más allá de cualquier razonamiento sobre el tema. Sin embargo, nuestro trabajo a lo largo de estos años con estudiantes y docentes nos permite, al menos, barajar una hipótesis alternativa: la capacidad de interpelación que sigue teniendo Malvinas está ligada no tanto a un deseo de redención en el futuro, sino a una demanda bien concreta dirigida al presente, la demanda de reconocimiento. En efecto, la potencia de Malvinas tiene mucho que ver con el modo en que permite articular demandas sociales diversas, a veces, incluso, encontradas, desde la injusticia por la usurpación territorial al deseo de ser reconocidos como argentinos, pasando, por supuesto, por la demanda de reconocimiento a los soldados, la incorporación de sus historias a la memoria colectiva, y el repudio a la guerra y la dictadura.

“Sentir Malvinas” para muchos ciudadanos, especialmente jóvenes, sigue siendo un modo de sentirse y reconocerse “argentinos” en función de la capacidad que tiene esta identidad de plantear una demanda de reconocimiento, que lejos de expresar un “irracional” imaginario redentista, coloca en el centro de la agenda una problemática ligada con la justicia social. De ser correcta esta hipótesis, cualquier política educativa en torno a las islas tiene que estar dispuesta a escuchar este reclamo de reconocimiento que Malvinas es capaz de vehicular, lo que es equivalente a decir que buena parte de la fuerza de la reivindicación popular de la soberanía sobre Malvinas se alimenta de esta demanda de reconocimiento.

MUSEO MALVINAS: SOBERANÍA “Y” MEMORIA

El relevamiento analizado en el apartado anterior ofrece indicios del alcance evocativo que tiene Malvinas para las nuevas generaciones y, de manera global, de su profundo enraizamiento en la cultura popular. Ahora bien, si nos concentramos en el ámbito público-estatal: ¿qué discursos se construyeron en los últimos años en torno a este tema y de qué modo suponen una política educativa? Una intervención sumamente destacada en torno a Malvinas en el campo de la cultura y la educación puede ayudar a abordar estas preguntas: la creación en el Espacio Memoria y Derechos Humanos (ex-ESMA) del Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur, inaugurado el 10 de junio de 2014.

Nuestra hipótesis aquí es que este Museo intenta articular soberanía y memoria, dos ejes que desde la posguerra resultaban de algún modo invocados para fijar dos interpretaciones contrapuestas acerca de la guerra de Malvinas. Comprobar que estos ejes suscitaban miradas en conflicto en torno a Malvinas es algo relativamente sencillo de comprobar, no hay más que atender a las críticas que recibió el propio Museo.

Por un lado, un importante sector de familiares y veteranos de guerra objetó que esté ubicado en el predio de la ex-

ESMA, ya que, desde su perspectiva, esta localización no hacía más que reforzar la identificación de la causa Malvinas con la última dictadura cívico militar. Desde esta visión –que puede encontrar adeptos en la derecha nacionalista y antiimperialista al estilo Seineldín, pero también en sectores de la izquierda nacional inspirados en las ideas de Jorge Abelardo Ramos sobre la historia argentina y latinoamericana y, sobre todo, en sus tesis sobre la guerra de Malvinas– el conflicto bélico de 1982 debe pensarse básicamente como una gesta heroica y popular de corte antiimperialista, en la que el contexto interno argentino, signado por el terror, tiene un papel secundario respecto al núcleo definitorio del sentido del acontecimiento: el rechazo masivo y popular a la invasión colonialista inglesa en territorio argentino. El emplazamiento, entonces, del Museo en el predio de la ex-ESMA, contribuiría a diluir, al interior de una trama condenatoria de la experiencia del terrorismo de Estado, la percepción social de los grandes objetivos de la lucha de los soldados y los oficiales en 1982. En síntesis, desde este ángulo, la preocupación por la “memoria”, con el señalamiento de los torturadores que participaron en la guerra, impediría caracterizar correctamente la significación de la guerra reivindicada desde una lógica argumentativa que concede primacía a la soberanía territorial y popular sobre cualquier otro criterio disponible para pensarla.

Por otro lado, aparece una objeción que es casi el espejo invertido de la que acabamos de mencionar. Podemos resumirla así: dado que el Museo se emplaza en el Espacio Memoria y Derechos Humanos, su intervención hubiera tenido que acotarse a la guerra, entendida como el capítulo trágico y final del terrorismo de Estado en la Argentina. Dicho de manera más sencilla: desde esta perspectiva el único museo posible sobre Malvinas en la ex-ESMA debería ser un museo sobre la guerra que tuviera como objetivo central mostrar las continuidades entre la experiencia concentracionaria y la guerra de Malvinas. Como puede apreciarse, el eje de esta argumentación no se apoya en la historia del reclamo soberano sino en la necesidad de construir una memoria colectiva orientada a la condena del terrorismo de Estado. Para esta mirada, cualquier intento de avanzar en otro sentido queda apresado al interior de un discurso patriótico “esencialista”, cuya reproducción seguiría eludiendo la temática de la dictadura, y lo que es peor, terminaría perpetuando los efectos del terror en el presente por la incapacidad para elaborar esta experiencia.

Desde luego, el discurso del Museo Malvinas no es homogéneo y menos aun unívoco, de modo tal que su sola visita alcanza para reconocer tensiones y conflictos entre los sentidos que busca producir. Sin embargo, las heterogéneas significaciones que lo habitan consiguen hilvanar –y ésta es nuestra hipótesis– una trama cuyo mayor mérito está en la articulación de aquello que desde la posguerra aparecía disociado, tal como se trasluce en estas dos críticas planteadas tras su creación: la soberanía y la memoria. Es claro que esta articulación no hubiera podido surgir de una suerte de “equilibrio” entre estas perspectivas que acabamos de reseñar, ni de otras tantas líneas de sentido que tomadas aisladamente habitan el

Museo, sino que fue posible a partir de una redefinición de los términos mismos del problema en virtud de una operación crítica que apunta a resignificar la idea misma de patria y, por la cual, la patria aparece predominantemente filiada con los derechos, los derechos soberanos y los derechos humanos.

En efecto, no sólo a través de su guión, sino también por medio de su propuesta global (desde el lugar de su emplazamiento, hasta la organización temática de los pisos), el Museo realiza un doble movimiento. Por un lado, sitúa a la guerra en el contexto del terrorismo de Estado, poniendo así en diálogo a Malvinas con el horizonte de los derechos humanos y la condena a la dictadura. Pero, por otro lado, lo hace en el marco de un discurso que ubica a las islas dentro de una historia de larga duración, signada tanto por el reclamo diplomático de soberanía, como por los diversos sentidos emancipatorios que asumió Malvinas para distintas generaciones políticas argentinas.

Utopía y tragedia, emancipación y terror, la historia de las Malvinas resulta representada así como un conjunto de memorias en las que puede reconocerse una sociedad que supo inscribir el reclamo por las islas dentro de un proyecto de liberación nacional, pero al interior de la cual surgió también la experiencia del terror que hizo posible que en una ronda de abril de 1982 una Madre de Plaza de Mayo tuviera que recordarle a la sociedad que “las Malvinas son argentinas y los desaparecidos también”. Del mismo modo, los soldados homenajeados no quedan representados como víctimas de una “guerra absurda”, sino como parte constitutiva de una larga saga de nombres y luchas populares de diversas tradiciones culturales y políticas desde las cuales es posible condenar el terrorismo de Estado y, al mismo tiempo, evocar los significados emancipatorios asociados con Malvinas. Reinscriptos en la historia argentina –y no ya en la trama del “sin sentido” o en un relato meramente victimizante–, sin dejar por ello de señalar los vejámenes que sufrieron, los nombres de los combatientes se ofrecen como sostén de una construcción política basada en la democracia, la memoria y la defensa del territorio nacional.

En síntesis, podemos decir, en virtud de las hipótesis apenas esbozadas en este ensayo, que la enseñanza de la soberanía, al interior de una política educativa en torno a Malvinas, sigue siendo un capítulo destacado de la enseñanza de la patria, con la condición de que este concepto sea objeto de una reelaboración política y cultural que permita, a través suyo, expresar demandas de reconocimiento social profundamente arraigadas en nuestra sociedad, a la vez que posibilite manifestar el reclamo de soberanía y configurar sentidos de pertenencia asociados a la vigencia irrestricta de los derechos humanos. Reconocimiento social, soberanía y memoria serían los ejes de una política educativa de esta índole, que supondría una intervención profunda al interior de la cultura escolar y, a la vez, múltiples desafíos en un contexto donde el capital financiero ofrece “globalizar” las experiencias vitales y desterritorializar al Estado nacional y, junto con él, a todas las “alteridades” que venían a cuestionarlo. •